



HONOR Y GLORIA A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA
Apostolado de la Nueva Evangelización
CATEQUESIS DE CASITAS DE ORACIÓN

Semana del 17 al 23 de septiembre de 2017 DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO:
“Perdona y se te perdonará”

1.- La Palabra de Dios:

1ª Lectura: Sir 27,33-28,9: “Perdona la ofensa a tu prójimo, para obtener tú el perdón”

Salmo: 103: “El Señor es compasivo y misericordioso”

2ª Lectura: Rom 14,7: “En la vida y en la muerte, somos del Señor”

Evangelio: Mt 18,21-35 “No te digo que perdones siete veces, sino hasta setenta veces siete”

Del Santo Evangelio según San Mateo (Mt 18,21-35):

+++ Gloria a Ti, Señor

En aquel tiempo Pedro se acercó a Jesús con esta pregunta: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas de mi hermano? ¿Hasta siete veces?” Jesús le contestó: “No te digo siete, sino setenta y siete veces.”

Aprendan algo sobre el Reino de los Cielos. Un rey había decidido arreglar cuentas con sus empleados, y para empezar, le trajeron a uno que le debía diez mil monedas de oro. Como el hombre no tenía con qué pagar, el rey ordenó que fuera vendido como esclavo, junto con su mujer, sus hijos y todo cuanto poseía, para así recobrar algo. El empleado, pues, se arrojó a los pies del rey, suplicándole: “Dame un poco de tiempo, y yo te lo pagaré todo.” El rey se compadeció y lo dejó libre; más todavía, le perdonó la deuda. Pero apenas salió el empleado de la presencia del rey, se encontró con uno de sus compañeros que le debía cien monedas. Lo agarró del cuello y casi lo ahogaba, gritándole: “Págame lo que me debes.” El compañero se echó a sus pies y le rogaba: “Dame un poco de tiempo, y yo te lo pagaré todo.” Pero el otro no aceptó, sino que lo mandó a la cárcel hasta que le pagara toda la deuda. Los compañeros, testigos de esta escena, quedaron muy molestos y fueron a contárselo todo a su señor. Entonces el señor lo hizo llamar y le dijo: “Siervo miserable, yo te perdoné toda la deuda cuando me lo suplicaste. ¿No debías también tú tener compasión de tu compañero como yo tuve compasión de ti?” Y hasta tal punto se enojó el señor, que lo puso en manos de los verdugos, hasta que pagara toda la deuda. Y Jesús añadió: “Lo mismo hará mi Padre Celestial con ustedes, a no ser que cada uno perdona de corazón a su hermano.”

Palabra del Señor / Gloria a ti, Señor Jesús

2.- Referencias para la mejor comprensión del Evangelio:

La primera Lectura dominical correspondía al Libro de Sirácide o Eclesiástico, uno de los siete libros del Antiguo Testamento llamados “sapienciales”, porque contienen expresiones de la sabiduría que Dios quiere transmitir al hombre, sobre Él mismo y sobre cómo nos conviene vivir.

Allí leíamos, junto a otras sentencias, lo siguiente: *“Cosas abominables son el rencor y la cólera; sin embargo, el pecador se aferra a ellas. El Señor se vengará del vengativo, y llevará rigurosa cuenta de sus pecados. Perdona la ofensa de tu prójimo, y así, cuando pidas perdón, se te perdonarán tus pecados...”*

El odio, la sed de venganza, el rechazo del perdón, tienen consecuencias trágicas para quienes no se libran de estos males morales. Dios nos pide amor y misericordia, mientras el demonio incita al odio, a la división, con el fin de perjudicar los proyectos de Dios y de llevar a la perdición a las almas, haciéndoles perder de vista que serán juzgadas.

Así como Dios perdona todas las culpas del hombre que se arrepiente, de la misma manera tendremos que aprender a perdonarnos entre nosotros, como hijos de Dios, imitando de ese modo la bondad del Padre, que *“concede el sol y la lluvia a buenos y a malos”*. La oración y la ofrenda del que no se reconcilia con el hermano, del que promueve la división, no le agradan al Señor.

El pasaje del Evangelio que acabamos de leer, nos habla de que Jesús enseñó a sus discípulos una hermosa lección de amor y perdón, y con ellos también a nosotros, quienes hemos encontrado en nuestro camino al Señor, y pasamos a ser parte de los militantes de la Iglesia que nació de su Costado abierto, en la Cruz.



HONOR Y GLORIA A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA
Apostolado de la Nueva Evangelización
CATEQUESIS DE CASITAS DE ORACIÓN

Pedro, quien casi siempre tomaba la palabra, hizo una pregunta simple a Jesús, con la misma confianza que tiene un niño al preguntar a su Padre: “Señor, ¿cuántas veces tengo que perdonar las ofensas que me haga mi hermano?, ¿Hasta siete veces?”, y Jesús a su vez, como un buen Padre, le explicó que el perdón y la Misericordia no tienen límite.

Como muchos de nosotros, Pedro, debió aprender junto a Jesús a perdonar las ofensas de los demás; pero como ser humano que era, su paciencia tenía un límite, y seguro que muchas veces ésta se veía colmada, al límite, llevándole a sentir y a pensar que ya no debía volver a perdonar.

Nosotros a menudo pasamos por lo mismo, cuando alguien nos ofende, al principio somos benévolo y le disculpamos, pero cuando las ofensas se repiten y repiten, nuestra capacidad humana se agota, y fácilmente podemos llegar a ofenderles también. Eso nos sucede porque nuestra naturaleza humana es limitada.

Sólo cuando conocemos y amamos a Dios, cuando queremos hacer su Voluntad y llevar una vida de testimonio evangélico, vamos comprendiendo que únicamente en Él podemos encontrar la fuerza y la paz para perdonar todas las veces que sea necesario.

Para que sus discípulos entendieran bien este mensaje, Jesús les contó la llamada “parábola del deudor implacable”, en la que compara el Reino de los Cielos con la historia de un rey que tuvo compasión de un siervo que le debía mucho dinero. Analicemos paso a paso la historia que nos cuenta Jesús:

1.- EL REY SE COMPADECE DE SU SIERVO.- Realmente este siervo no tenía manera de pagar su deuda al Rey, porque la suma de dinero que le debía era altísima. Pero ante los ruegos del hombre asustado, el rey siente compasión y no sólo lo deja ir, sino que le perdona toda la deuda.

De igual manera, la deuda que tendríamos con Dios por la Sangre de Su Hijo Jesús, derramada por nuestros pecados, es infinita, y no tenemos medios con qué pagarla. Lo que nos queda es abrir nuestro corazón para aceptar el Amor que quiere darnos, responder a ese gran Amor con nuestro pequeño amor y a Su Misericordia infinita siendo nosotros compasivos y misericordiosos con los demás, y perdonando sus ofensas.

Si un ser humano como el rey, es capaz de compadecerse de su siervo, ¡cuánto más capaz es Dios de compadecerse de sus hijos! Claro ejemplo de esto fue Jesús, cuando en la Cruz pidió perdón al Padre por sus verdugos, y liberándonos de la esclavitud del pecado, nos reconcilió con Dios.

2.- EL SIERVO MALVADO NO SE COMPADECE DE SU DEUDOR.- En la actitud de este siervo podemos ver, como en un espejo, nuestras actitudes con los hermanos cuando los juzgamos y los castigamos... Nosotros, los que nos llamamos cristianos, somos los directos responsables de dar gratis lo que hemos recibido gratis; es decir: el Amor y la Misericordia de Dios.

El siervo de la parábola no sólo maltrató a su compañero, sino que lo mandó a la cárcel...¿Qué sucedió en el corazón de este hombre? Reflexionemos:

- Probablemente no había entendido la lección de compasión del rey, porque su corazón egoísta sólo pensaba en sí mismo.

- Quizás al ver a su deudor recordó la angustia que había sufrido, cuando el rey lo llamó para ajustar cuentas, y probablemente se le pasó por la mente: “¡por supuesto que no puedo pagar mis deudas, si los que me deben no me pagan lo que me deben a mí!”. Entonces el rencor y la venganza se apoderaron de su ser.

- Dios le dio una oportunidad de poner en práctica lo aprendido, pues su deudor le pidió compasión. Pero el siervo tenía el corazón tan endurecido, que lo mandó encerrar en la cárcel.



HONOR Y GLORIA A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA

Apostolado de la Nueva Evangelización

CATEQUESIS DE CASITAS DE ORACIÓN

- Este servidor terminó peor que al principio, porque al haber descubierto el rey su manera de actuar, muy molesto lo entregó a los verdugos. Su falta de amor y misericordia resultó ser más grave que su deuda económica.

Muchas veces, nuestras faltas de caridad, se convierten en pecados que ofenden gravemente a Dios, y por ello, son peores que otras deudas o pecados que podríamos cometer. El no querer perdonar significa rebelarnos contra Dios y contra el mensaje que Jesús dejó en la Cruz, al pedir perdón a Su Padre por todas las ofensas que en ese mismo momento estaba recibiendo, y también al perdonar a Dimas, el buen ladrón.

En síntesis:

- El rencor que sentimos, ofende gravemente a Dios, porque Él es Amor.
- Perdonar a los demás es fruto de la amistad y la cercanía con Dios. Quien no está viviendo de acuerdo con las enseñanzas de Jesús, no sabe perdonar, actúa por impulsos, del mismo modo que los animales, defendiendo su territorio o su comida, y busca la forma de dañar a aquellos a quienes considera enemigos.
- Cuando culpamos constantemente a los demás por nuestros fracasos o permitimos que las ofensas recibidas se hagan carne en nuestro corazón, en forma de rencor, sólo generamos una cadena de antipatía u odio, que muchas veces nos aprisiona.
- Hoy vemos cómo, los frutos de esa cadena de odio, han generado un mundo colmado de guerras, intolerancia, asesinatos, violencia, familias destruidas, ciudades devastadas, madres que niegan la vida a sus hijos: un mundo sin Amor, una sociedad egoísta, una juventud que no encuentra su identidad, su filiación como hijos de Dios.
- Pedir perdón a Dios es estar dispuestos a perdonar todas las ofensas de los demás.

Tal vez si cambiamos, y con nuestro testimonio permitimos a nuestros hermanos tomar consciencia de las bondades de este cambio, es decir, si los invitamos a conocer más de cerca al Señor, logremos con la ayuda de Dios, romper esa cadena de odio e intolerancia hacia las faltas de los demás.

3.- EL REY LO ENTREGA A LOS VERDUGOS.- ¿Quiénes son nuestros verdugos?

Pues tenemos tres tipos de verdugos:

a) Nuestra conciencia, que nos remuerde a causa de nuestros pecados, a pesar de haber sido confesados y absueltos; pues cuando no practicamos el perdón, la paz se aleja de nuestro corazón, y fácilmente alimentamos un complejo de culpabilidad que se refleja en nuestro trato con los demás, e incluso podemos llegar a hacerles la vida imposible. Por dejar de sentir el amor de Dios, y revolcarnos en nuestros pensamientos vengativos, nos volvemos fríos y nos sentimos incapaces de amar.

b) Las personas imprudentes (que nunca faltan), a quienes les encanta recordarnos nuestros errores pasados. Ellas han olvidado (o quizás nunca han comprendido) que el Señor se complace en amarnos a pesar de nuestras miserias y ya no ve el pecado, que ha sido lavado con la sangre de Jesús. Una minúscula gota de esa sangre, es más grande que todas las ofensas de los hombres.

c) El demonio, que como dice la Biblia: es “el gran acusador”; acusador de nosotros y de nuestros hermanos, y permanentemente insiste, para que nos sintamos indignos del perdón de Dios y lo rechazamos. De la misma manera, nos convence de que los demás tampoco son dignos de que los perdonemos, porque “nos han ofendido demasiado”. Así, el único fin del enemigo de las almas, es arruinar la obra de Amor de Dios, llenando los corazones de los hombres de odio, rencor, complejos y rechazo al Señor y su Misericordia.

4.- ESTO MISMO HARÁ CON USTEDES MI PADRE CELESTIAL.-



HONOR Y GLORIA A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA

Apostolado de la Nueva Evangelización

CATEQUESIS DE CASITAS DE ORACIÓN

Jesús dijo en varias ocasiones que la medida en que perdonamos a los demás es la medida en que Dios nos perdonará. De este modo, si somos conscientes de que todos los hombres somos hijos de Dios, el trato que queremos que nos den, es el que debemos dar a los demás. Así cumpliremos el mandamiento de Jesús, de amar al prójimo como a nosotros mismos.

Dios lo ve todo, aunque los demás no lo vean. Y Él, que conoce lo profundo de nuestros sentimientos y de nuestros pensamientos, nos pide que actuemos con justicia misericordiosa: que nos acordemos que hemos sido perdonados (y lo somos permanentemente) por el Señor, y que por justicia, perdonemos de igual modo a quienes nos ofenden. Pero además, que cada vez que experimentemos el perdón de Dios, a través de la confesión sacramental, nos esforcemos en ser mejores hijos, más compasivos con los demás, y de ese modo mostremos nuestro agradecimiento al Señor.

Recordemos que, la mejor forma de ejercitarnos en el amor es ejercitarnos en el perdón:

- Perdonar, aunque no nos lo pidan, o incluso rechacen nuestro perdón.
- Perdonar de corazón, y no solamente con los labios.
- Perdonar, aunque la ofensa nos parezca que es la peor que hayamos recibido.
- Perdonar, sin esperar recompensa o reconocimiento.
- Perdonar, aunque los demás no nos quieran perdonar ante ofensas mucho más pequeñas.
- Pedir perdón a Dios y a nuestros hermanos siempre que los ofendamos. Estamos seguros de que Dios nos perdonará, aunque nuestros hermanos se nieguen a hacerlo.
- No juzgar a los demás cuando sean ellos los que no quieren perdonarnos.
- Perdonar como Dios nos perdona: **siempre**.

Jesús mismo dijo en Lucas 7,36 que a quien mucho se le perdona demuestra mucho amor. Procuremos entonces que se cumpla también en nosotros lo que sucedió con aquella mujer pecadora, que arrepentida, lloró a los pies de Jesús y obtuvo el perdón de sus muchos pecados, pero que a diferencia del siervo despiadado, ella sí se llenó de amor y se convirtió en seguidora fiel de Jesucristo. Por el amor que sintió, se cumplió la promesa de Jesús, de que ella sería recordada siempre, y hoy María Magdalena está en los Altares, junto a la Virgen y San Juan, allí donde se representa la Crucifixión.

3.- Preguntas para orientar la reflexión: *(Leer pausadamente cada inciso, y dejar un instante de silencio después de cada pregunta, para permitir la reflexión de los hermanos)*

- a)** ¿Guardo en mi corazón rencor o antipatía contra alguien? Siendo consciente de que el camino de la cruz (es decir, el del sacrificio) es el que más le conviene a mi alma, ¿entiendo que no tengo por qué “odiar” a los que me lastiman o me producen “cruces” con sus ofensas?
- b)** ¿Caigo con frecuencia en la tentación de recordar mis pecados ya perdonados, por medio de la Confesión?
- c)** ¿Procuró siempre dar testimonio de perdón y de amor, hacia aquellos que me ofenden y lastiman?
- d)** ¿Procuró enseñar en mi familia, en mi pequeña comunidad, y en los ambientes que frecuento, el valor del perdón y del amor, de la oración de intercesión, por aquellos que nos hacen daño?

4.- Comentarios de los hermanos: *(Luego de un momento de silencio se concederá la palabra a los hermanos para que expresen sus opiniones. Promoveremos la participación de todos.)*

5.- Concordancias del Evangelio con el Catecismo de la Iglesia Católica

2843 Así adquieren vida las palabras del Señor sobre el perdón, este Amor que ama hasta el extremo del amor (Cfr. Jn 13,1). La parábola del siervo sin entrañas, que culmina la enseñanza del Señor sobre la comunión eclesial (Cfr. Mt 18,23-35), acaba con esta frase: “Esto mismo hará con ustedes mi Padre celestial si no perdona cada uno de corazón a su hermano”. Allí es, en efecto, en el fondo “del corazón” donde todo se ata y se desata. No está en nuestra mano no sentir ya la ofensa y olvidarla; pero el corazón que se ofrece al Espíritu Santo cambia la herida en compasión y purifica la memoria transformando la ofensa en intercesión.



HONOR Y GLORIA A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA
Apostolado de la Nueva Evangelización
CATEQUESIS DE CASITAS DE ORACIÓN

2844 La oración cristiana llega hasta el perdón de los enemigos (Cfr. Mt 5,43-44). Transfigura al discípulo configurándolo con su Maestro. El perdón es cumbre de la oración cristiana; el don de la oración no puede ser acogido más que en un corazón acorde con la compasión divina. Además, el perdón da testimonio de que, en nuestro mundo, el amor es más fuerte que el pecado. Los mártires de ayer y de hoy dan este testimonio de Jesús. El perdón es la condición fundamental de la reconciliación de los hijos de Dios con su Padre y de los hombres entre sí (Cfr. Juan Pablo II, DM 14).

2845 No hay límite ni medida en este perdón, esencialmente divino (Cfr. Mt 18,21-22; Lc 17,3-4). Si se trata de ofensas (de "pecados" según Lc 11,4, o de "deudas" según Mt 6,12), de hecho, nosotros somos siempre deudores: "Con nadie tengan otra deuda que la del mutuo amor" (Rom 13,8).

La comunión de la Santísima Trinidad es la fuente y el criterio de verdad en toda relación (Cfr. 1Jn 3,19-24). Se vive en la oración y, sobre todo, en la Eucaristía (Cfr. Mt 5,23-24): Dios no acepta el sacrificio de los que provocan la desunión, los despide del altar para que antes se reconcilien con sus hermanos: Dios quiere ser pacificado con oraciones de paz. La obligación más bella para Dios es nuestra paz, nuestra concordia, la unidad en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo de todo el pueblo fiel (San Cipriano, Dom. orat. 23: PL 4, 535C-536A).

"...como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden"

2842 Este "como" no es el único en la enseñanza de Jesús: "Sed perfectos 'como' es perfecto vuestro Padre celestial" (Mt 5,48); "Sed misericordiosos, 'como' vuestro Padre es misericordioso" (Lc 6,36); "Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros. Que 'como' yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros" (Jn 13,34). Observar el mandamiento del Señor es imposible, si se trata de imitar desde fuera el modelo divino. Se trata de una participación, vital y nacida "del fondo del corazón", en la santidad, en la misericordia, y en el amor de nuestro Dios. Sólo el Espíritu, que es "nuestra Vida", puede hacer nuestros los mismos sentimientos que hubo en Cristo Jesús (Cfr. Filip 2,1.5). Así, la unidad del perdón se hace posible, "perdonándonos mutuamente 'como' nos perdonó Dios en Cristo" (Ef 4,32).

6.- Reflexionando con la Gran Cruzada:

CM 4 Yo he dicho: "No juzgues y no serás juzgado, perdona y serás perdonado". Ahora te digo: Deshazte de toda amargura, toda pasión mala y enojo, de las groserías, las calumnias y la malicia. Trata de ser amable, de ser compasiva. Perdona como Yo te he perdonado y recibirás mi Amor Misericordioso.... El amor y la Misericordia no pueden existir donde hay división. (...)

La Misericordia es el amor, es la unión con Dios y la unión con Dios es la certeza de la victoria y abundancia eterna de virtudes. La Misericordia es la prueba incuestionable de amor por Mí.

La justicia humana no va con la Misericordia. La justicia es algo impuesto por el hombre en venganza de una persona que ha sido lastimada por otra. Mi Padre no Me envió al mundo a condenarlo, sino para que pudiera ser salvado por Mí. El hombre no debe tomar venganza por sí mismo, sino dejar eso a la voluntad de Dios.

Si has pecado, admite tus culpas y pide perdón, regresa siempre a Mí. Sumérgete en Mi Misericordia que te redimirá. Ten Misericordia y compasión de quienes te ofenden, ora por ellos y por quienes pisan senderos de maldad. Perdona sus pecados porque el resto de su herencia está en Mis manos; no continúes enojada y no juzgues, ten Misericordia.

7.- Virtud del mes: En septiembre tratamos de cultivar **la Esperanza** (CIC: 1817-1818-1820-1826-2090-2091)

Esta Semana veremos el canon 1818, que dice lo siguiente:

1818 La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad.



HONOR Y GLORIA A LOS SAGRADOS CORAZONES DE JESÚS Y DE MARÍA

Apostolado de la Nueva Evangelización

CATEQUESIS DE CASITAS DE ORACIÓN

CA 113 Entonces déjate guiar verdaderamente, no de palabra, sino con hechos concretos; no con la ayuda de impresiones sentimentales, sino de la que está hecha de fe viva, esperanza sentida y caridad santa. De lo contrario, ¿cómo puedes decir que Me reconoces como tu superior, reformador y sobre todo, como tu verdadero amor? Por eso, es necesario creer, esperar y amar, de manera sustancial.

8.- Propósitos Semanales:

Con el Evangelio: En oración, frente al Señor, pensaré si hay alguien a quien aún no haya perdonado alguna ofensa, y si es así, le abrazaré en mi corazón e intercederé por todas sus necesidades en ese momento. También traeré a mi mente a todas las personas que, por algún motivo, me caigan mal, y haré lo mismo: las abrazaré espiritualmente ante el Señor y pediré por ellas.

Con la virtud del mes: Meditaré acerca de la Esperanza en la Vida Eterna, a fin de poder encontrar palabras de aliento para los que sufren. Consolaré con esas palabras a las personas que el Señor ponga en mi camino.

9.- Comentarios finales: *Se concede nuevamente la palabra para referirse brevemente a los textos leídos (del Catecismo o de la Gran Cruzada) o a cualquier otro tema de interés para la Casita, para el Apostolado o para la Iglesia en general.*